

## EN LOS PICOS DE EUROPA

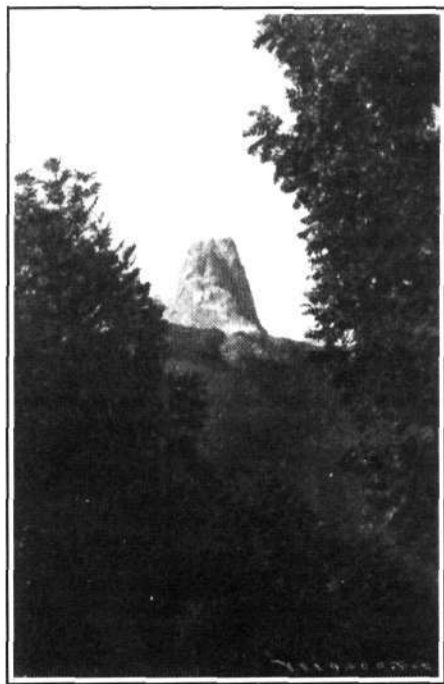
# Andanzas por el macizo central: EL URRIELLO

Ya estamos en la sexta y última etapa que es necesario hacer para desde Donostia verse en Puento Poncebos. Aquí, la primera grata sorpresa que tuve fué al conocer al admirable y excelente guía, Alfonso Martínez; nadie como él conoce todos los secretos que el Naranjo de Bulnes encierra.

Me siento optimista frente a una succulenta cena, donde no faltaron las riquísimas truchas que en las limpias aguas del Cares no habríanse figurado, iban a ser degustadas por unos «vulgares trotamontes».

La charla que Alfonso principia, motivada por la curiosidad que sobre el «Picu» yo sentía, es inagotable y en extremo interesante.

Desde su primera escalada que la realizó a hurtadillas de su padre y a los 15 años, hasta la que hace solamente tres días de nuestra llegada efectuó con tres madrileños y, la no menos interesante que hizo también este verano con la primera mujer, —¡esto claro es!— tuvo que ser la nieta del célebre «Cainejo» primer escalador del «Picu», fué adquiriendo por momentos una grandeza tal que, si por los relatos del G. A. M. de Peñalara tenía hecha ya una ilusión irreal, —voy a considerarla como tal—, ahora, la encuentro bien clara y definida.



El «Naranjo de Bulnes» o Pico de Urriello

bre justamente bajo el pueblecito de Camarmeña, el «Picu» se nos presenta con todas sus hermosas perspectivas. El sol que hace rato está ya dando en las alturas, al tropezar sus rayos con el «Picu», lo muestra en su verdadero nombre, es decir, completamente anaranjado. Es un grandioso espectáculo que la Naturaleza ofrece a la humanidad y ésta en su idiosincrasia y guiándose por esta vez de su buen sentido, que la realidad pone en sus ojos, ha tenido el acierto de titularle «Naranjo de Bulnes».

Pronto le perdemos de vista al adentrarnos en estas «culebrillas» llamadas Las Salidas que nos hacen sudar y ganar altura.

Un pequeño reposo con objeto de probar la fuente de Colines y en seguida entramos en Bulnes. Son las siete y cuarenta. Pasamos el puebluco y desde aquí, el hermoso camino desaparece y es

Son las diez de la noche; el guía me indica que, como al día siguiente tiene que ir hasta el Naranjo, debido a que dos muchachos de Potes le están esperando en la misma base del Urriello, haciendo «camping» para realizar la escalada, podemos si ese es nuestro deseo el ir con él y todos juntos rendirle al señor de estos «Picus» los honores que merece.

Estoy en la cama; todos mis esfuerzos son los de poder dormir y, por lo tanto el descansar de las fatigas que un viaje tan largo lleva consigo, para poder llegar al «Picu» en la plenitud de mis facultades.

La esfera luminosa del reloj, señala las once, luego las doce y así dan la una, dos, tres, cuatro y siempre con el fantasma del Naranjo a vueltas y el murmullo del río en su loco descenso a los valles... La luz matinal va envolviendo el cuarto; miro por última vez al reloj y ha llegado la hora. Son las cinco.

Me levanto. Sin pereza alguna, casi con alegría. Unas horas he vivido a solas con El, y espero que sea esto motivo, para que me trate con toda delicadeza.

El día es magnífico, aunque desde este estrecho barranco, más que verlo se adivine el cielo.

Las seis y diez. Principia la excursión desde «Poncebos», por la carretera que finaliza después de atravesar un túnel, en la grandiosa central «Eléctrica de Viesgo». A la derecha de esta Central, sigue el camino, desde este momento de herradura, hacia Bulnes, el cual formamos y en dando vista al barranco de este nom-



Un descanso... admirativo en el Hoyo de los Boches.  
Al fondo Torre de Cerredo Foto E. Bustamante

mirativo, Alfonso nos dice es necesario demos fin al descanso. Calzadas las «corizas» nos lanzamos en pos del Canal de la Celada que lo escalamos junto a los paredones del coloso y al mismo tiempo buscar la diminuta fuente, que gota a gota, llena la cantimplora que hemos de subir.

El guía nos muestra el lugar en donde el malogrado «Cuco» durmió antes de despeñarse. Comenzamos la verdadera escalada a las 13,15. Me doy cuenta de que el corazón y el pulso van normales, sin alteración alguna; tengo confianza en que pronto seré en la cumbre. Vamos sin encordar por unas grietas que son el engaño del alpinista, pues dan sus agarres, tal seguridad, que uno adquiere confianza, hasta que la roca que obstruye el paso... —algunos desde este instante desisten de subir—, hace que las precauciones se dupliquen y la cuerda entre en funciones. De repente, la grieta o hendidura, desaparece en la pared vertical, y la travesía en la pulida roca es algo que encoge el ánimo de cualquiera. Es poca altura la que hemos logrado, y sin embargo, mirar hacia abajo y contemplar los sucios neveros, del Hoyo tras el Picu, dan a uno la impresión de estar suspendido en el vacío. En realidad así es. Unas filigranas más y llegamos a la cueva o resalto, por donde se descolgó el alemán Schultze.

Ya desde aquí comienza lo más serio, al cruzar las terribles Lliambrialinas, para ir a buscar zigzagueando las grietas centrales.

Con toda clase de precauciones salvamos estos peligrosísimos Lliabrias, verdadero rompecabezas, para quien intente la escalada en solitario.

La base del Naranjo desde esta Lliambria es invisible; únicamente se da uno cuenta de la altura por el tiempo transcurrido, en que sin perder un instante se ha ido ganando altura, y también al dejar caer alguna piedra y oír, aunque muy tenuemente, el ruido que produce al llegar a su final. En total 300 metros para un hermoso salto del «Angel» o «Carpa». La cumbre no está lejos; lo que resta es fácil a juzgar por lo pasado. El guía deja la cuerda en un resalto, y nos deja en plena libertad para coronar y realizar el sueño dorado de todo la vida de



En la cumbre del «Picu»

Foto E. Bustamante



Otra vista del «Picu»

Una hora larga sin darnos cuenta ha transcurrido; son las 4 y 20 de la tarde y es preciso no perder tiempo. Un nuevo abrazo y apretón de manos con mis nuevos amigos de la montaña, y depositando un beso de cariño en la cumbre, bajamos en busca de terreno, en donde poder estirar todos los músculos del cuerpo y remojar la garganta que me causaba daño debido a la sequedad en que la tenía.

El descenso lo efectuamos siguiendo palmo a palmo los pasos que utilizamos en la subida. No llegaron a las dos horas el tiempo que invertimos en descender y hallarnos al pié del gigante que hizo exclamar a nuestro gran alpinista, Andrés Espinosa: ¡Oh, el Urriello! ¡El Urriello, soberbio! ¡El Urriello, invencible!

Tanto en la escalada como en su descenso el guía Alfonso, no dejó un instante de recrearnos con sus melodiosos cantos asturianos. ¡Bien Alfonso!

Las seis de la tarde en la base del «Picu» Alfonso se despide de nosotros, pues como guarda que es del Coto, tiene hoy la reunión semanal; por La Horcada del Oso y Canal del Vidrio, llegará a la Campa de Aliva, lugar de la reunión.

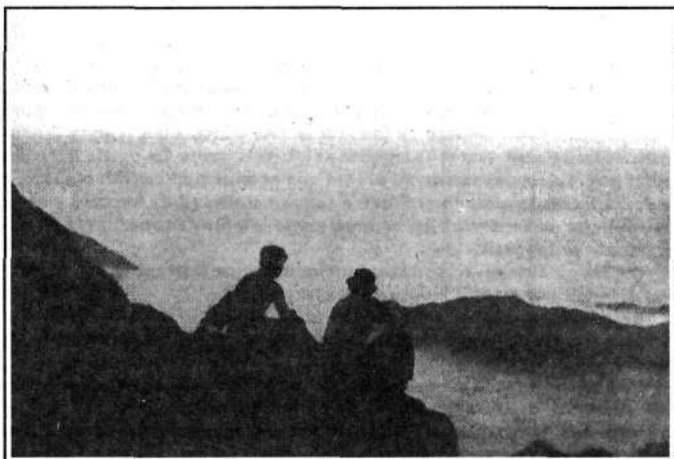
montañero. Justamente pisar la maravillosa y difícil cumbre, el «irrintzi» que durante los noventa minutos de la escalada fué tomando impulso, brotó con fuerza, desahogando mi pecho de todo el peso que desde la salida de Donostia le aprisionaba. Desconociéndolos por ser la primera vez que consigo una cumbre, en estos majestuosos Picos de Europa, no hallo palabras dignas de poder describir la imponente visión de su blanco y erizado conjunto,

Debido al espléndido y luminoso día, y ayudado por mis compañeros, pude contemplar y grabarlos en mi retina multitud de picachos y agujas que emergían de un mar de nubes: La Torre de Cerredo, las dos Peñas Santas, El Llambrión y Peña Vieja principalmente atraían mi atención, sin poder fijar ni decidir a cual de ellas llevaría el saludo del Naranjo.

Luego, más allá del multicolor mar de nubes que privaba de sol a los pueblos y ciudades, veía la movible llanura del Cantábrico cual un inmenso desierto de color azul.

Buena siembra de fotos en todos los sentidos; creo que nos embriagamos del espectáculo inenarrable que se extendía ante nuestros ojos y queríamos robar, con los fotográficos impactos, algo con qué recordar aquella verdadera función de gala de la Naturaleza.

En el libro que en la cumbre, la Sociedad «Peñalara» colocó por medio de su grupo de alta montaña, firmamos y dejamos unas tarjetas después de retirar las de los que nos precedieron.



Luego, más allá del multicolor mar... de nubes, veía la movible llanura del Cantábrico, cual un inmenso desierto de color azul.

Foto E. Bustamante

Descendemos por la Canal de la Celada. Mi compañero que quedó en la Vega de Urriello, llevando más de seis horas incomunicado, a gritos, demandó si había salido bien el objeto de nuestra ausencia. Bien conoce en los risueños semblantes que todo ha finalizado conforme a nuestros deseos. Un franco apretón de manos, y nos disponemos a preparar el campamento, pues hemos de dormir de prestado en la frágil tienda de los dos muchachos de Potes. Cenamos frugalmente, y después de los obligados comentarios y recuerdos gratos para Alfonso, apagamos «el vela» y a mal no dormir.

## Peña Vieja

Ha amanecido. El día promete ser bueno ha juzgar por la ausencia total de nubes. ¡Arriba! Desayunamos.



El «Naranjo de Bulnes» desde Peña Vieja.

Foto E. Bustamante

A las ocho, luego de larga discusión, decidimos encaminarnos hacia Peña Vieja. Con algunas dudas por no conocer el terreno y guiarnos de los ligeros conocimientos que hicimos desde el Naranjo, atravesamos el Hoyo de los Bodhes. Dió la suerte que cogiésemos bien el Collado de Santa Ana en donde, dándonos las once, hicimos alto para comer y recuperar fuerzas para poder atacar el repecho de Peña Vieja. Dejamos las mochilas en los Tiros del Rey y hacemos seguidamente la ascensión, llegando a la cima a la una de la tarde. De regreso, y a la mitad nos tropezamos con Alfonso que as-

cedía acompañando a un señor de Madrid.

Efectuamos el descenso por la Canalona y en su final, en los ibones que existen, nos damos el consiguiente y necesario baño.

A las siete de la tarde, hacemos entrada en el refugio de Aliva. No habiendo habitación, tuve ocasión otra vez de dormir, en el «camping», ahora que esta vez, algo mejor, debido al préstamo que nos hizo el guarda del Casetón de un estupendo colchón y dormir trés, ya que mi amigo lo hizo en el Refugio por haber sido más listo que yo. Pero no obstante dormí como un lirón. A la mañana siguiente me levanto y me despido de los muchachos libaneses, con la intención de efectuar la escalada al Llabrión y bajar, por la Garganta del Cares, hasta Caín. Me acerco al refugio con objeto de adquirir pan y despedirme de mi amigo que se marcha hacia Espinama, cuando Alfonso que también se encontraba levantado me indicó la imposibilidad de hacerlo por la tormenta y la «encainada» (niebla) que no tardarían en echarse y que era muy expuesto me aventurase solo por sitios desconocidos y peligrosos.

Dejándome guiar de su experiencia, opté por descender con él por Sotres y Tielve hasta Poncebos a donde llegamos a las dos de la tarde.

Efectivamente, tal y como me lo indicó, el tiempo se encapotó, la niebla se hizo dueña de aquellos riscos y a las cinco de la tarde el agua caía con tanto gusto sobre la sierra, que el Cares aumentó su caudal a ojos vistos.

Una feliz circunstancia hizo que, como he venido diciendo a través de esta reseña, en parte de mis andanzas disfrutara de la grata compañía de un camarada con quien compartir la dureza de las jornadas realizadas; a Jesús Antolín mi agradecimiento más sincero, y desde estas líneas que pueden servirle de recuerdo, un saludo como testimonio de mi amistad.

EUSEBIO SAN MIGUEL

De «Donostiko Euzko Gaztedi Kiroltzalea» y «F. V. de A.»  
Agosto 1935.